

Franz Kafka X Gustav Janouch



Ya no me acuerdo de las veces que estuve con Franz Kafka en la oficina. Sin embargo, hay algo que sí recuerdo muy bien: su postura cuando, media hora o una hora antes de terminar su jornada de trabajo, yo abría la puerta de su despacho en el segundo piso del edificio del Instituto de Seguros contra Accidentes de Trabajo.

Lo hallaba sentado tras el escritorio, la cabeza echada hacia atrás, las piernas extendidas y las manos inertes sobre el tablero. El cuadro de Filia *El lector de Dostoievski* puede dar cierta idea de la postura que adoptaba. Hay una gran semejanza entre el cuadro de Filia y la pose de Franz Kafka, pero es una semejanza puramente externa. Tras el parecido formal se oculta una gran diferencia interior.

El lector que muestra el cuadro de Filia está sobrecogido por algo, mientras que la pose de Kafka expresaba una entrega deliberada y, por tanto, victoriosa. Sus finos labios lucían una leve sonrisa, que era más el conmovedor reflejo lejano de una alegría distante y extraña que una expresión de bienestar. Kafka siempre miraba a las personas un poco desde abajo. Su postura era muy extraña, como si quisiera pedir disculpas por su estatura. Todo su cuerpo parecía querer decir: "Por favor, pero si soy completamente irrelevante... Me dará usted una gran alegría si no se fija en mí".

Hablaba con una voz de barítono vibrante y velada, admirablemente melodiosa, aunque nunca abandonara una modesta escala intermedia en cuanto a volumen y tono. Su voz, sus gestos, su mirada, todo en él irradiaba una calma surgida de la bondad y de la comprensión.

Hablaba checo y alemán, aunque más este último. Aun así, su alemán tenía un acento duro, parecido al que caracteriza el alemán de los checos, aunque esto no es más que una aproximación lejana, imprecisa. En realidad no era así en absoluto.

El acento checo en el que estoy pensando es estridente. Hace que el alemán suene como desmenuzado. En cambio, el habla de Kafka nunca daba esta impresión. Sonaba tan articulada por ser el producto de su tensión interior: cada palabra era una piedra. La dureza de su habla la provocaba su afán de comedimiento y exactitud, es decir, la motivaban cualidades personales activas y no características colectivas de índole pasiva.

Su modo de hablar se parecía a sus manos.

Tenía manos grandes y fuertes, de palmas anchas, dedos finos y delicados con uñas planas en forma de pala y articulaciones y nudillos prominentes, pero muy frágiles.

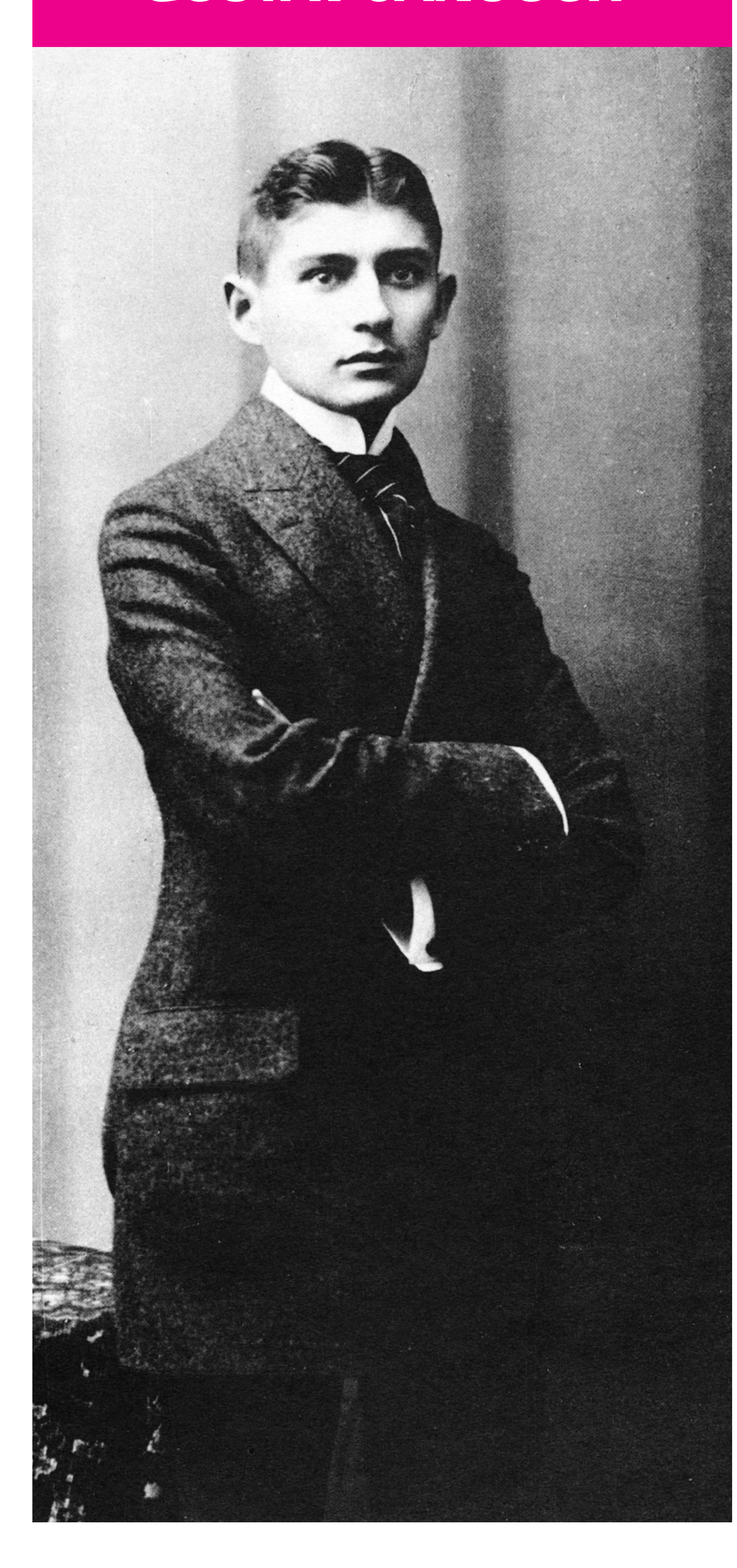
Cuando recuerdo la voz, la sonrisa y las manos de Kafka siempre pienso en una observación de mi padre.

Decía: "Fuerza combinada con una temerosa delicadeza; una fuerza para la que precisamente lo pequeño es lo más difícil".

El despacho en el que Franz Kafka ejercía su cargo era una habitación de tamaño medio que resultaba opresiva a pesar de tener un techo bastante alto y cuya apariencia sugería la digna elegancia propia de la oficina del jefe de un bufete de abogados de cierto renombre. El mobiliario también respondía a esta imagen. Había dos puertas laqueadas en negro, de doble batiente. Una de ellas conducía al despacho de Kafka desde el oscuro pasillo sobrecargado de enormes archivadores y que siempre olía a humo de cigarrillos consumidos y a polvo. La segunda puerta, situada en medio de la pared de la derecha, conducía a los demás despachos oficiales que se alineaban a lo largo de la fachada principal del Instituto de Seguros contra Accidentes de Trabajo. Por lo que yo recuerdo, esta puerta no llegó a abrirse casi nunca. Normalmente, tanto los visitantes como los demás funcionarios empleaban sólo la puerta del pasillo. Cuando llamaban, Franz Kafka respondía con un breve y quedo "¡por favor!", mientras que sus colegas de oficina solían espetar un "¡entre!" malhumorado y autoritario.

Por Gustav Janouch

FRANZ KAFKA X GUSTAV JANOUCH



El tono de la segunda invitación, que trataba de hacerle patente al visitante su irrelevancia incluso antes de que abriera la puerta, concordaba perfectamente con las cejas amarillas siempre fruncidas, la impecable raya hasta la nuca en una cabellera rala y macilenta, el cuello alto y almidonado y la ancha corbata oscura, el chaleco abotonado hasta arriba y los ojos de ganso, algo saltones y de color azul acuoso, del hombre que durante años estuvo sentado frente a Kafka en el mismo despacho.

Recuerdo que Franz Kafka siempre se sobresaltaba un poco al oír el autoritario "¡entre!" de su colega. Primero parecía encogerse y a continuación miraba hacia él con franca desconfianza, como si inmediatamente después cupiera la posibilidad de recibir un golpe. No obstante, también reaccionaba así cuando su compañero de despacho le decía algo en tono amable, por lo que era evidente que Kafka se sentía desagradablemente cohibido con Treml.

Por eso cuando empecé a visitar a Kafka en el Instituto de Seguros contra Accidentes de Trabajo no pasó mucho tiempo antes de que le preguntara:

–¿Podemos hablar en su presencia? ¿No será un chivato?

El doctor Kafka negó con la cabeza.

–No lo creo. Aunque los hombres que temen tanto como él por su puesto de trabajo, en determinadas circunstancias son capaces de cometer vilezas considerables.

–¿Le tiene miedo?

Kafka sonrió desconcertado:

–Los verdugos nunca han tenido buena reputación.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Hoy en día el oficio de verdugo es una profesión pública digna y bien pagada según convenio. Así que, ¿por qué no ha de haber un verdugo en el interior de cada respetable funcionario?

–¡Pero los funcionarios no matan a nadie!

–¡Ya lo creo que sí! –repuso Kafka, apoyando las manos sobre la mesa con una sonora palmada–: convierten a personas vivas y susceptibles de transformación en números de registro muertos e incapaces de variar.

Reaccioné con un breve asentimiento, pues me di cuenta de que con la generalización que el doctor Kafka acababa de hacer sólo quería evitar definir las características de su colega de despacho. Kafka disimulaba la tensión que reinaba desde hacía años entre él y su inmediato compañero. El doctor Treml parecía conocer la antipatía que Kafka sentía por él, y por eso le hablaba con altivez, tanto oficialmente como en privado, en un tono ligeramente condescendiente y con una sarcástica sonrisa de hombre de mundo siempre reflejada en sus finos labios. Al fin y al cabo, ¿qué importancia podían tener el doctor Kafka y sus visitantes, casi siempre jóvenes (¡sobre todo yo!)?

La expresión facial de Treml decía a las claras: "No entiendo cómo usted, el consultor jurídico del Instituto, puede conversar con estos mozalbetes insignificantes como si fueran personas de su misma categoría, escucharlos con interés y a veces incluso dejarse aleccionar por ellos".

El compañero inmediato de Kafka tampoco hacía ningún esfuerzo por disimular la antipatía que sentía hacia él y sus visitantes privados, pero como aun así tenía que esforzarse por mostrar cierta reserva en su presencia, siempre optaba por abandonar la habitación (o al menos cuando yo entraba en ella). Entonces el doctor Kafka siempre suspiraba con exagerado alivio. Lo hacía sonriendo, pero con eso no me podía engañar: para él, Treml era un verdadero tormento. Por eso en una ocasión le dije:

–La vida resulta difícil con un compañero de despacho así.

Pero el doctor Kafka lo negó enérgicamente con la mano.

–¡No, no! No es verdad. Treml no es peor que los demás funcionarios. Al contrario: es mucho mejor. Tiene muchos conocimientos.

Yo repliqué:

–Quizá sólo quiera presumir de ellos.

Kafka asintió.

–Sí, es posible. Pero eso lo hace mucha gente sin que por eso haga bien su trabajo. En cambio, el doctor Treml es un hombre realmente trabajador.

Suspiré.

–Bueno, usted lo alaba cuando en realidad le resulta antipático. Con sus elogios sólo intenta disimular la manía que le tiene. –Al oír esto, Kafka pestañeó y, perplejo, se mordió el labio inferior mientras yo ampliaba mi comentario:

–Para usted, Treml es alguien completamente extraño. Lo mira como si fuera un bicho raro metido en una jaula.

Pero entonces el doctor Kafka me miró a los ojos casi con enfado y dijo en voz baja y áspera por la energía reprimida:

–Se equivoca. Soy yo, y no Treml, quien está metido en una jaula.

–Es natural. La oficina...

El doctor Kafka me interrumpió:

–No sólo aquí, en la oficina, sino en general. –Dicho esto apoyó el puño derecho sobre el corazón–. Yo siempre llevo las rejas dentro de mí.

Durante unos segundos nos miramos a los ojos sin decir nada. En ese momento llamaron a la puerta y mi padre entró en el despacho. La tensión desapareció y ya sólo se habló de cosas sin importancia, pero la impresión que me habían causado las palabras de Kafka –"¡llevo las rejas dentro de mí!"– siguió vibrando en mi interior. Y no sólo aquel día, sino durante muchas semanas y meses: eran como las brasas de un fuego que seguían palpitando bajo las cenizas de los pequeños acontecimientos cotidianos, un fuego que mucho más tarde –creo que fue en la primavera o en el verano de 1922– se desató como la llama de un soplete que se enciende de repente.

Por aquel entonces me veía con frecuencia con el estudiante Bachrach, a quien, que yo supiera, sólo le interesaban tres cosas: la música, el inglés y las matemáticas. A este respecto me explicó un día: "La música es el sonido del alma, la voz directa del mundo interior. El inglés responde al imperio universal del dinero, y aquí ya entran en juego las matemáticas, aunque este aspecto no sea muy relevante. Las matemáticas superan el ámbito de la mera mecánica de cifras. Son la raíz casi metafísica de todo orden racional".

Al escuchar sus explicaciones solía quedarme sin habla y eso le gustaba. A cambio, muchas veces me traía revistas, libros y entradas para el teatro. Por eso no me sorprendió en absoluto que un día me trajera un libro completamente nuevo.

–Hoy te traigo algo muy especial.

El libro estaba en inglés; se titulaba *Lady into Fox* y el autor era David Garnett.

–¿Qué quieres que haga con esto? –pregunté decepcionado–. Ya sabes que yo no sé inglés.

–Ya lo sé. No te lo traigo para que lo leas tú. Este libro no es más que la prueba de lo que te voy a decir ahora. A tu admirado doctor Kafka están empezando a conocerlo en el mundo entero. Lo demuestra el hecho de que ya lo estén copiando. Este libro de Garnett es una imitación de *La metamorfosis.*

–¿Un plagio? –pregunté bruscamente.

Bachrach alzó las manos en actitud defensiva.

–No. Yo no he dicho eso. El libro de Garnett sólo tiene el mismo punto de partida. Una mujer se transforma en zorra. Es decir, un ser humano se transforma en animal.

–¿Me lo puedes prestar?

–Claro. Para eso te lo he traído. Se lo puedes enseñar a Kafka.

Al día siguiente fui al piso de Kafka, ya que no estaba en la oficina. Esta fue, dicho sea de paso, mi primera y última visita a casa de Kafka. Me abrió una mujer flaca, vestida de negro. Sus brillantes ojos de color azul grisáceo, la forma de su boca y la nariz un poco irregular la delataron de inmediato como madre de Kafka.

Tras presentarme como el hijo de un colega de despacho del doctor Kafka y preguntar si podría hablar con él, me dijo:

–Está en cama. Iré a preguntarle.

Se fue y me dejó ahí, sin más. Regresó al cabo de unos minutos, esta vez con la cara iluminada por una alegría perfectamente perceptible aunque no la expresara en palabras.

–Se alegra de que haya venido a visitarlo. Incluso me ha pedido algo de comer. Pero por favor, no se quede mucho tiempo. Está cansado. No puede dormir.

Prometí que me iría en seguida. Entonces me llevó a través de un largo pasillo y de una gran habitación con muebles de color marrón oscuro hasta un cuarto estrecho en el que en una cama sencilla, bajo una manta forrada de tela blanca, yacía Franz Kafka.

Me estrec
gesto inform
de su cama:
–Por favo
hablar muy
–Es usted
asaltarlo de
mente impo
Saqué el li
cima de la m
conversación
Cuando le c
método de A
testó con un
–¡No, no!
flota en el a
hemos trans
mal nos resu
están las reja
más fácil qu
La madre
–¿Puedo c
Entonces
–Gracias,
La señora
zado el men
Entonces
–Sólo que
Franz Kaf
da fija en el
–Lo leeré
a estar en la
Entonces
Pero a la
oficina. Aún
ce días antes
a su casa. En
–Cada cu
lleva consigo
animales. Es
da libre y na
vida natural
nadie se da
La existencia
se la quiere
imaginación
Yo seguí c
–Es un m
de la Revolu
postulaba un
–¡Sí! –así
va más lejos
Se está regr
mucho más
arropado po
por las calle
al pesebre y
mente acom
maravillas,
mularios y
sabilidad se
prefiere aho
se ha fabrica
Unas tres
cuentro, Fra
tos.
En el desp
tro delante
de la Ciudad
un cuaderno
Estuve en
da, pero Fra
tarde.
Se disculp
–Nunca
Siempre lleg
go la sincera
venido, pero
bran esta vo
Probableme
fermedad.
Paseamos
Kafka dijo
gunas de mi
–Ya he ha
Sin embar
Kafka se c
–¿Así que
sus cosas?
–No. Sól
con los que

hó la mano con una sonrisa, y con un nal me señaló la silla que había a los pies

r, siéntese. Probablemente sólo pueda poco. Perdóneme.

quien tiene que perdonarme a mí por esta manera, pero me ha parecido real-ortante enseñarle una cosa.

ibro en inglés de mi bolsillo, lo puse en-nanta delante de Kafka y le hablé de la n que había sostenido con Bachrach. dije que el libro de Garnett copiaba el *La metamorfosis*, sonrió cansado y con-n leve gesto de negación:

Eso no lo ha sacado de mí. Es algo que ambiente de estos tiempos. Los dos lo cripto de nuestra propia época. El ani-ulta más próximo que el hombre. Ahí as. El parentesco con el animal resulta e con los seres humanos.

de Kafka entró en la habitación.

ofrecerle algo?

me puse en pie.

pero no quiero importunarlos más.

Kafka contempló a su hijo. Había al-tón y tenía los ojos cerrados.

dije:

ería traerle este libro.

ka abrió los ojos y añadió, con la mira-techo:

. Quizá la semana que viene ya vuelva oficina. Se lo llevaré allí.

me tendió la mano y cerró los ojos.

semana siguiente Kafka no volvió a la n tuvieron que transcurrir diez o quin-s de que pudiera volver a acompañarlo ntonces me devolvió el libro y dijo:

al vive detrás de una reja que siempre o. Por eso ahora se escribe tanto sobre s la expresión de la nostalgia por una vi-tural. Sin embargo, para un hombre la es vivir en cuanto ser humano. Pero cuenta de ello. Nadie quiere verlo así. a humana es demasiado penosa, por eso eludir, por lo menos en el terreno de la .

desarrollando su reflexión:

ovimiento parecido al que hubo antes ución Francesa. Por aquel entonces se n regreso a la naturaleza.

ntió Kafka–. Pero hoy en día aún se . Ya no sólo se dice, sino que se hace. esando al estado animal, que resulta fácil que la existencia humana. Bien or el rebaño, el hombre actual desfila s de la ciudad en dirección al trabajo, a la diversión. Es una vida perfecta-npasada, como en el Instituto. No hay sino sólo instrucciones de uso, for-normativas. A la libertad y la respon-les tiene miedo. Por eso el hombre garse detrás de las rejas que él mismo ado.

semanas después de nuestro primer en-nz Kafka y yo dimos el primer paseo jun-

bacho me dijo que lo esperara a las cua-del monumento a Jan Hus, en la plaza d Vieja, y que entonces me devolvería o con poesías que yo le había prestado. el lugar convenido a la hora anuncia-anz Kafka apareció casi una hora más

ó diciendo:

consigo cumplir con un compromiso. o tarde. Quiero dominar el tiempo, ten-y buena voluntad de cumplir con lo con-o el entorno o mi cuerpo siempre quie-luntad para demostrarme mi flaqueza. nte ésta sea también la raíz de mi en-

por la plaza de la Ciudad Vieja.

o que era posible que se publicaran al-s poesías. Quería dárselas a Otto Pick.

blado con él del asunto –dijo.

rgo, yo le pedí que no se publicaran.

detuvo.

no escribe usted para que se publiquen

o son tanteos; tanteos muy modestos quiero demostrarme a mí mismo que no soy tonto del todo.

Seguimos el paseo. Franz Kafka me mostró la tienda y la casa de sus padres.

–Así que es usted rico –dije yo.

Franz Kafka torció el gesto.

–¿Qué es la riqueza? Habrá alguien para quien una camisa vieja ya sea una riqueza. Otro será pobre aunque posea diez millones. La riqueza es algo muy relativo e insatisfactorio. En el fondo no es más que una situación especial. La riqueza significa una dependencia de las cosas que se poseen, a las que hay que proteger de la desaparición mediante nuevas posesiones y nuevas dependencias. No es más que una inseguridad materializada. En cualquier caso, todo esto pertenece a mis padres, no a mí.

El primer paseo con Franz Kafka terminó de la siguiente forma: nuestro recorrido nos había llevado de regreso al palacio Golz-Kinsky cuando de la tienda que ostentaba el letrero Hermann Kafka salió un hombre alto y corpulento con un sobretodo oscuro y un sombrero reluciente. Se detuvo a unos cinco pasos de nosotros y nos esperó. Cuando nos hubimos aproximado unos tres pasos más, dijo en voz muy alta:

–Franz, a casa. El aire es húmedo.

Entonces Kafka me dijo bajando extrañamente la voz:

–Mi padre. Está preocupado por mí. En muchas ocasiones, el amor tiene el rostro de la violencia. Que le vaya bien. Vendrá a verme, espero...

Yo asentí. Franz Kafka se fue sin darme la mano.

Unos días más tarde, tras convenir en ello, esperé al doctor Kafka a las cinco de la tarde delante de la tienda de sus padres. Queríamos dar un paseo por el Hradcany, pero el doctor Kafka no se encontraba bien. Respiraba pesadamente. Por eso nos limitamos a recorrer poco a poco la plaza de la Ciudad Vieja, pasando por delante de la iglesia de San Nicolás para entrar en la calle Kaprova y rodear el Ayuntamiento hasta llegar a la plaza Pequeña. Nos detuvimos delante del escaparate de la Librería Calve.

Yo inclinaba la cabeza a uno y otro lado, alternando entre el hombro derecho y el izquierdo, para poder leer los títulos de los lomos de los libros. El doctor Kafka sonrió divertido.

–Parece que usted también es uno de esos locos bibliómanos a los que la lectura hace perder la cabeza.

–Sí, así es. Creo que no podría vivir sin libros. Para mí son el mundo entero.

El doctor Kafka frunció el entrecejo.

–Eso es un error. Un libro no puede sustituir al mundo. Es imposible. En la vida todo tiene un sentido y una finalidad que ninguna otra cosa puede cubrir plenamente. Por ejemplo, no se puede vivir experiencias a través de un doble. Lo mismo sucede con el mundo y los libros. Los libros intentan encerrar la vida como se encierra a los pájaros canoros en una jaula. Pero eso no sale bien. ¡Al contrario! Partiendo de las abstracciones contenidas en los libros, el hombre no hace sino construirse a sí mismo la jaula de un sistema. Los filósofos no son más que Papagenos vestidos de colores y con varias jaulas distintas bajo el brazo.

Se rió, pero su risa le provocó una tos ronca y fea. Cuando el ataque hubo remitido, dijo sonriente:

–Como ve, he dicho la verdad. Acaba de oírlo y de verlo. Lo que otras personas subrayan con un estornudo, yo he de hacerlo por medio de mis pulmones.

Esta observación suscitó en mí una sensación desagradable. Traté de reprimirla preguntando:

–¿No se habrá resfriado? ¿No tendrá algo de temperatura?

El doctor Kafka sonrió cansado:

–No... Nunca recibí suficiente calor. Por eso me consumo... de frío.

Se limpió el sudor de la frente con un pañuelo. Unas arrugas profundamente marcadas en su rostro le señalaban los extremos de los labios apretados. Tenía la cara amarilla como el azufre.

Me tendió la mano.

–Adiós.

Fui incapaz de decir nada.

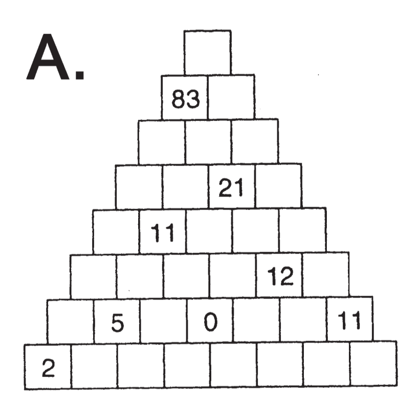
Este retrato está incluido en Conversaciones con Kafka *de Gustav Janouch. (Editorial Destino imago mundi).*

VERANO12 JUEGOS

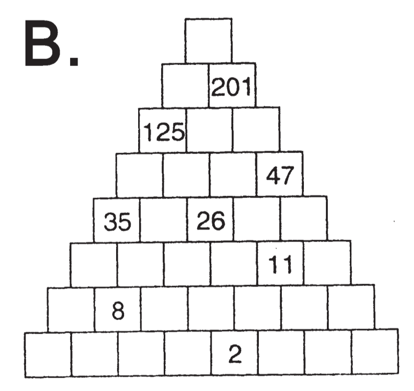
PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como ayuda, van algunos ya indicados.

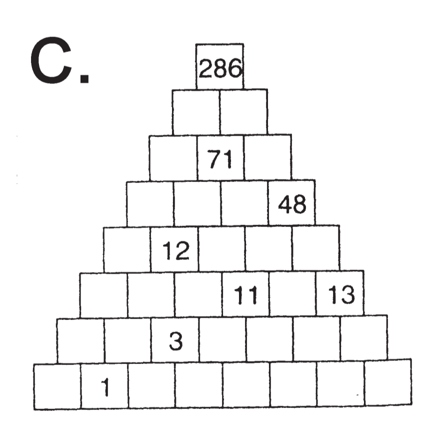
A.



B.



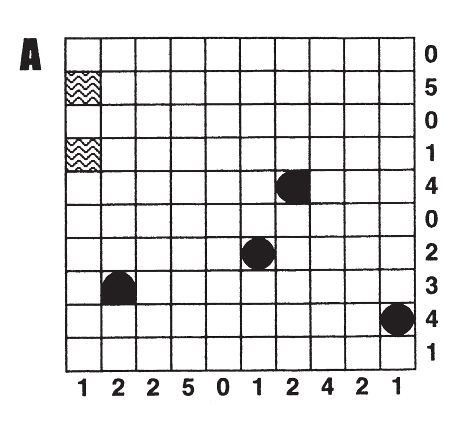
C.

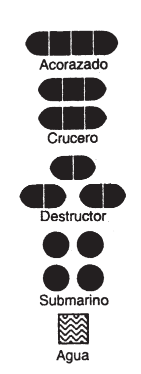


BATALLA NAVAL

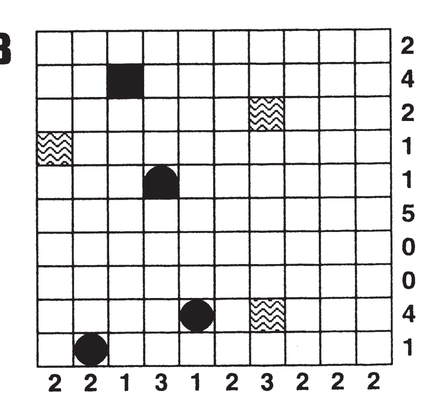
Cada tablero oculta una flota completa, igual a la que se muestra a un lado. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadidos por agua. Las formas le indican si se trata de una punta de barcó, de un submarino completo, etc. Al pie de cada columna y al costado de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o fila. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en ningún caso dos barcos ocupan casillas vecinas, ni siquiera en diagonal.

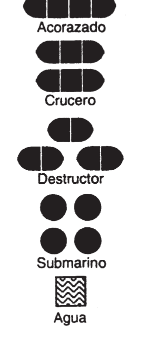
A



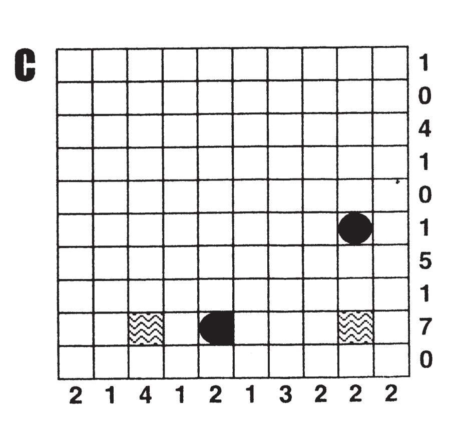


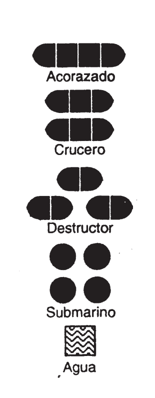
B





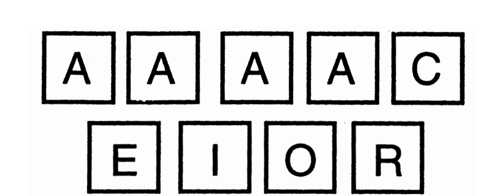
C

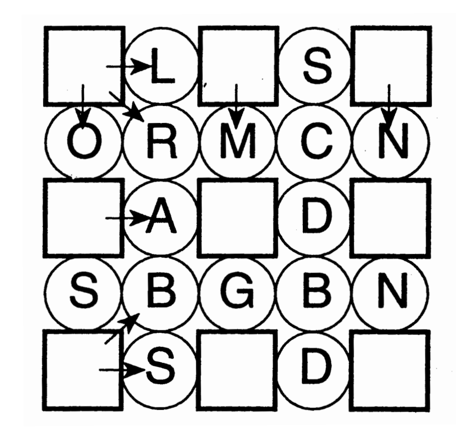




TRES EN LINEA

Debajo del esquema hay nueve letras. Usted deberá ubicarlas correctamente para formar palabras de cinco letras en el sentido en que indican las flechas. Las letras restantes de las palabras, que dejamos colocadas, le van a servir de mucha ayuda.





SOLUCIONES

BATALLA NAVAL

A B C

TRES EN LINEA

PIRAMIDES NUMERICAS

A. B. C.

